

EL PERSONALISMO Y LA BIOÉTICA PERSONALISTA

PEDRO JOSÉ SARMIENTO M.

Profesor de Bioética
Universidad de La Sabana
Máster e investigador en Bioética

La fundamentación de la bioética como disciplina nace de la filosofía. No podría ser de otro modo, ya que la filosofía proporciona los fundamentos, el sentido y la dirección de toda reflexión, de toda investigación y de toda búsqueda. Anterior a la pregunta por lo ético, y sobre todo por lo bioético, sobrevive una pregunta trascendental para cada hombre y a su vez para el desarrollo de cualquier disciplina. Esta pregunta es, en sentido pleno, la pregunta por el hombre.

I. LA PREGUNTA POR EL HOMBRE Y EL PERSONALISMO

Hoy más que nunca sabemos más cosas del hombre, de su cerebro y de la fisiología de otros órganos que en el pasado. Es verdad que los conocimientos alcanzados en el último siglo superan en gran medida los esfuerzos del pasado científico. Pero es también verdad que hoy más que nunca ignoramos quién es el hombre. La sociedad de nuestro siglo con frecuencia olvida que el hombre es el punto de partida y el punto de llegada de todos los discursos y de todos los esfuerzos humanos. El centro de toda sociedad es el hombre. Las instituciones, las normas de convivencia, la política y la vida social convergen en el hombre. El hombre es efecto, fin y causa de la sociedad y de todas sus instituciones. Defendemos los derechos fundamentales de la persona en razón de que el hombre posee una naturaleza espiritual, que hacemos sujeto de tales derechos y deberes, también de naturaleza espiritual. Dignidad humana y derechos humanos se implican naturalmente. Del hecho que llamemos al hombre un ser digno, brotan naturalmente una serie de exigencias, que se convierten en derechos vinculados con su dignidad.

Sin embargo, la respuesta a la pregunta por el hombre y su ser no es inmediata. El pueblo griego sondeó esta pregunta, evidenciando sus grandes dificultades. Heráclito afirmaba: "*Camina, camina y no llegarás jamás a los confines del alma, por más senderos que recorras su logos es inalcanzable*"¹. El hombre ha sido siempre un misterio para el hombre, es un microcosmos, afirmaba Demócrito. Para Platón, el hombre es un alma indestructible y eterna, encarcelada en un cuerpo mortal². "*¿Quién soy yo, Dios mío, cuál es mi natura?*", preguntaba Agustín en el medioevo. La investigación sobre el hombre continúa en el medioevo, alcanzando una sólida expresión en la afirmación de Tomás de Aquino, cuando sentencia que "*en el hombre se citan todos los grados del ser. En el hombre se hallan atrapados los niveles del ser, el de la materia y el del espíritu con todas sus implicaciones*"³; la naturaleza espiritual del hombre ha sido precisamente uno de los vértices del misterio.

Para Marx (1818-1883), el hombre es producto de la sociedad en que vive. La naturaleza humana es su esencia social. Es la sociedad la que explica al individuo, reduciendo todo lo humano a lo social. El pensamiento es el resultado de la materia consciente. Es preciso liberar al hombre de la esclavitud de la religión y de la opresión económica y las ideologías. En realidad, dentro de la filosofía marxista no hay una pregunta objetiva por el hombre. Lacroix⁴ reprocha al marxismo el infravalorar o incluso ignorar la importancia del sujeto. Este es uno de los grandes impactos con los que irrumpió el personalismo como filosofía, en una época en la que el hombre como objeto de reflexión había sido abandonado, por atender a la problemática política, que afrontaba otros problemas, como la existencia y los problemas sociales concretos.

1 HERÁCLITO. *Fragmentos*. 22, B, 45.

2 PLATÓN, *Diálogos. República*, 608-611. Ver también Fedón y Menón.

3 DE AQUINO, Santo Tomás. *Contra gentiles*, II, 68.

4 LACROIX, Jean. Puede ser considerado uno de los más importantes filósofos personalistas franceses, junto a Emmanuel Mounier. Según Jean Lacroix, el personalismo "es la intención misma que anima al hombre a construir la propia personalidad y la de los demás en vista de la construcción de la humanidad". En una época en la que se criticó al marxismo por reducir al hombre a la nada dentro de las estructuras económicas de la historia, Lacroix se distancia tanto del marxismo como del existencialismo. Ver su obra *Marxismo, existencialismo y personalismo*, 1949.

Mounier afirmaba, en *Esprit*⁵ –la primera revista personalista fundada por él mismo–, que en el “conócete a ti mismo” de Sócrates se hizo posible la primera gran revolución personalista. Se trata, pues, de esta paciente indagación sobre el hombre como objeto mismo de la filosofía y también el hombre como objeto de elaboración.

II. LA BIOÉTICA Y LA PREGUNTA POR EL HOMBRE

Parece de modo particularmente importante para la bioética de nuestros días, saber qué es el hombre, cuál es su naturaleza, cuál es el significado de su sentido moral, que lo interpela durante toda su vida, aun prescindiendo del contenido de sus convicciones religiosas. El hombre como arquetipo del hombre mismo, es en el fondo la pregunta que traza el camino en el interior del hombre mismo.

No es posible hacer bioética al margen del sentido del hombre. *Quién es el hombre, cuál su origen, su naturaleza, su sentido, su destino y su fin*; tales preguntas son fundamentales, y a su vez dan cuerpo a todas las demás problemáticas humanas, incluida la Bioética misma. No son en modo alguno preguntas periféricas, sino, antes bien, sustanciales, trascendentes para la vida de cada hombre y de todos los hombres.

Definir al hombre como un *ser racional*, con una naturaleza *personal*, añade a la definición de *homo sapiens*, señalada por la ciencia, una noción particular e importante, que justifica los esfuerzos de otras épocas que han intentado acercarse al misterio del hombre. El término griego *persona* se refería a la máscara de los actores del teatro. Apreciado como noción cristiana por los filósofos griegos cristianos, el término posibilita significados de carácter teológico, que estimulan la reflexión teológica sobre el ser personal de Dios y su semejanza con el hombre. También la noción de persona posibilita la distin-

5 La revista *Esprit* fue fundada por Mounier en 1932, como una propuesta a la gran crisis intelectual del 29, en la que se afirmaba la decadencia del pensamiento europeo en el contexto de la transformación social por el marxismo. De esta crisis aparece también el existencialismo, una corriente contemporánea al personalismo, pero radicalmente distinta en su discurso. Según Mounier, uno de sus principales maestros fue Pascal; en palabras de Mounier, el personalismo le debe mucho a Kant, pero también establece nexos con SCHELER, Max y BUBER, Martin.

ción con el animal en este terreno, como el único ser capaz de creer. La fe como distintivo natural, como acto auténticamente humano, que no contraría la libertad ni la inteligencia propias de su ser.

III. LA APARICIÓN DE LA BIOÉTICA PERSONALISTA

Las raíces filosóficas del personalismo

La filosofía personalista, así llamada por quienes pretendieron resaltar el significado de la persona como eje fundamental en cualquier filosofía, tiene notables representantes en el pensamiento francés de Emmanuel Mounier (1905-1950), Jacques Maritain, Gabriel Marcel (1889-1973), Jean Lacroix; también en el español de Xavier Zubiri y Julián Marías. No sería posible no referir el pensamiento del profesor Seifert y Ditrich von Hildebrand en Suiza y Alemania. Su filosofía converge en el criterio según el cual la persona es fundamento de sentido. El hombre no es solamente un ser racional e histórico, sino que él es un *alguien*, cuya naturaleza trasciende lo natural y lo histórico.

La persona encarnada en un cuerpo es inobjetivable, libre, creativa y responsable. Jean Lacroix afirmaba: *el personalismo aspira en cierto modo a convertirse en sucesor de las filosofías del Yo, para volverlas a sumergir en el mundo físico y social*. De este modo se resalta el personalismo como una filosofía –no una simple actitud–, responsable de lo individual y al mismo tiempo de lo social.

La persona es una noción que pertenece con exclusividad al ser humano; se trata de un ser posibilitado para una dimensión de interioridad, que solo es evidenciable en tanto que persona humana: se trata además de tener esa capacidad de ser generadora de sentido, de automodelarse desde dentro, de ser capaz de adquirir virtudes y vicios; en una palabra, capaz de perfección en todos los órdenes de su ser. Esta gama de características únicas de la persona contribuye a fundamentar el contenido de lo que hoy se llama *dignidad personal*.

La misteriosa realidad del *yo soy*, no tanto del *cogito ergo sum* (pienso, luego soy), es uno de los objetos de estudio de la filosofía personalista, y a su vez el punto de partida, pues el *yo soy* es el inicio de toda filosofía, de toda

búsqueda de la felicidad, de toda búsqueda de sentido. La investigación sobre el *yo soy* manifiesta la presencia de un ser distinto del mundo y de las cosas, y a su vez posibilita de modo espontáneo y evidente la aparición del *tú*. El significado del *tú* constituye un referente metafísico de gran importancia para el personalismo, pues tal evidencia –el *yo soy*– reconoce en el *tú* otro *yo soy*, equivalente a mí, relacionado conmigo y frecuentemente necesitado de mí. El *otro* es una interioridad como yo, que también es apertura y a la vez misterio. Esta dinámica del *yo soy* y el *tú* como otro *yo soy*, fundamenta en modo metafísico los conflictos que en orden de lo social propician los altibajos y desequilibrios de justicia, que no reconocen en el otro, otro *yo soy*.

En este sentido, puede afirmarse que la noción de persona es una noción naturalmente metafísica. Se trata de un ente entre los entes, con una doble apertura. De un lado, con una vertiente hacia el *yo soy*, que se autocontempla, se proyecta sobre sí y sobre otros en la temporalidad, y de otro, la persona se evidencia como *apertura*, en comunicación e interrelación con el otro, es decir, con otro *yo soy*. Tal apertura es de modo particular una primera evidencia del personalismo. Esta apertura en doble dirección es una esencia personal, que posibilita la naturaleza social de la persona en todas sus formas. La *apertura* permite que el ser de las personas sea habitado por otras. Tal espacio interior puede decirse que se trata de una arquitectura interior de los otros en mí, y de mí en los otros. Las relaciones y direcciones de tal arquitectura abren terreno a la naturaleza interpersonal de la persona humana, y posibilitan nociones naturalmente personales, como la propiedad y la pertenencia, e interpersonales, como la justicia.

Uno de los aportes significativos de Marcel al personalismo consiste en manifestar una evidencia distintiva del ser personal, que consiste en que la persona se *revela*. El significado de esta *revelación* se refiere a la imagen comunicada y transferida de un ser personal a otro. Esto es fácilmente perceptible en los enamorados, para quienes uno se revela, se manifiesta, y gracias a la apertura propia de la persona puede afirmarse que uno *habita* en el otro. La persona humana se revela de modo permanente en el lenguaje y en su corporalidad. Tal revelación se manifiesta también, de manera particular, en el arte. El artista se pone y se entrega en su obra. Quien contempla o escucha a una persona o una obra personal, recibe en su interior al otro. Cuando se escucha a una persona, hay una especie de *revelación personal*, que nos da

conocimiento de alguien. En tal revelación personal se provoca un eco en la persona que contempla o escucha. Ese eco solo es posible de reconocer en la dimensión interior de apertura de la persona.

El personalismo es una investigación sobre este *ser personal*. La realidad del *yo soy* en su dinámica interior, en relación con el *tú* como otro *yo soy*, en el contexto del origen, el sentido y el fin de la persona, es la sustancia del personalismo. Pero esta investigación es propia de la filosofía. Conocer al hombre no significa ahondar en la molécula y los niveles energéticos de los átomos humanos. Si la filosofía se redujera a las ciencias del hombre, la persona desaparecería, pues la noción de persona es una noción metafísica.

Boecio definió la persona humana como una substancia individual de naturaleza racional (*individua naturae ratio substantiae*)⁶. Tal definición externa de la persona omite una mirada hacia la interioridad propia del ser personal. Es una definición fenomenológica, que sustrae el contenido del ser personal. Lo propio de lo personal es precisamente esa doble apertura para sí y para el *tú*. En dicha relación de doble apertura hacia sí y hacia otro *yo soy* emerge lo ético, para nuestro caso lo bioético.

El personalismo es una filosofía que indaga sobre la revelación del ser personal para sí y para el otro. El hombre se descubre como *ser personal*, esto es, como abierto para sí y para otro, y también para un otro.

Es mediante esta apertura personal que el *tú* y el *yo soy* entran en una dinámica que delimita el ámbito a la ética. La teoría de la acción con su referencia al bien y al mal, ese contenido que hoy llamamos *ética*, versa sobre el contexto de la interioridad propia de la persona. Gracias a que existe un *para sí*, una interioridad abierta a otra de iguales características, aparece el sentido de lo ético, de lo moral, y esta dimensión es propiamente humana.

Por esta razón, la bioética es personalista naturalmente. El *ethos*, cuyo referente primordial se circunscribe a la vida –es decir, la *bioética*–, se enmarca en el contexto de un *yo soy*, abierto a una interioridad y al mismo tiempo a un *tú*, es decir, a otro *yo soy*-apertura. Este *tú* no se detiene en otro *yo soy*, sino que se extiende a un *tú* social, a un *tú* del futuro, un *tú* interpersonal, que dialoga

6 Ver BOECIO (480-524). *Consolatione Philosophiae*.

con la historia misma del hombre. Este horizonte sostiene la responsabilidad a la que se refería H. Jonas, y que posibilitó un pensamiento bioético totalizante, que comprometía la biosfera y las nuevas generaciones futuras⁷. Una responsabilidad del hombre con el hombre mismo, es decir, una responsabilidad del *yo soy* con el *tú*. En medio de esta dinámica personal, e interpersonal, se despliega el personalismo como una filosofía sobre lo humano, en el contexto individual y social.

IV. LA PERSONA COMO CUERPO Y EL CUERPO COMO OBJETO DE LA MEDICINA

Referirse al *tú*, es decir, a un alguien, es referirse de inmediato a otro *yo soy* con un entorno. La primera evidencia del *tú* es la corporalidad en la que se nos manifiesta otro *yo soy*. La persona se manifiesta mediante el cuerpo. Es el cuerpo quien da razón de la existencia de la persona en su doble apertura. Yo soy ese cuerpo que veo en el espejo. Yo soy por este cuerpo que me da realidad de mí mismo mediante el cansancio, la fatiga y el dolor. El cuerpo es la persona en apertura hacia sí y hacia el otro. Mediante la corporalidad nos comunicamos. El cuerpo de la persona es también lenguaje de carácter personal. Todo encuentro personal es corporal y espiritual. No es completo el conocer personal que no aborda el espíritu que emerge en el diálogo. Sócrates se refería a la belleza de Alcibiades⁸ en lo físico. Pero afirmaba *es necesario que lo dejes hablar para conocer la belleza de su alma*. La persona se revela mediante el lenguaje de su cuerpo y de su espíritu.

La medicina no es solamente el estudio material del cuerpo con la profundidad con la que la técnica actual y futura nos permita. Mientras más profundo ahondemos en el conocimiento molecular de la dinámica corporal, más nos alejamos de la persona. Juan no es equivalente a la suma de sus átomos y la descripción de toda su increíble armonía, a la que sencillamente hemos llamado *vida*. Juan es una *persona*, esto es, un ente corpóreo y espiritual, *abierto*, cuyo significado corresponde desentrañar en el curso de su vida a quienes

7 Ver JONAS, Hans. *El principio de responsabilidad*. 1971.

8 PLATÓN, *Diálogos*. El Banquete. Madrid. Aguilar. 1952.

se relacionen con él. La persona es ese cuerpo espiritualizado por un acto creador, cuyo efecto ha sido puesto en marcha mediante lo que biológica o físicamente llamamos *vida*. La medicina es, de modo particular, un encuentro interpersonal en la persona como totalidad mediante el cuerpo. Por esta razón, el objeto de la medicina es precisamente posibilitar y cooperar en el ejercicio de la vida *personal*. No es el estudio del cuerpo con miras a la inmortalidad, a combatir la enfermedad, ni mucho menos un instrumento para satisfacer la voluntad del hombre. El objeto de la medicina es el conocimiento del cuerpo, con el propósito de hacer posible el equilibrio que soporta la vida de la *persona*, comprendida como esa doble dimensionalidad, como la doble apertura, cooperando en hacer posible el natural vivir de la persona.

La medicina no es un fin en sí mismo, que se autoestime en su propio progreso. La medicina es siempre un medio que posibilita el equilibrio del ser personal. No es tampoco un instrumento liberado del ser personal, del que se hace uso al margen de la naturaleza de la persona. La medicina previene y restituye un equilibrio perdido, indispensable para continuar viviendo; este es su horizonte ético, es decir, su *ethos* y su auténtico sentido.

Por esta razón, la bioética se trata en sentido pleno de un personalismo. En este contexto, puede afirmarse, desde ahora, que la bioética solo puede ser personalista, pues solo dentro de la lógica del *yo soy* y del *tú* es pensable una ética de la vida, es decir, una bioética responsable del *tú* en el contexto de todos sus significados.

La bioética también investiga las leyes de la vida inscritas en la naturaleza. Indagar sobre la realidad es indagar por sus leyes, y buscar adecuar la conducta de la ciencia con el respeto de tal orden natural. La sociedad de nuestro siglo ha construido un mundo tecnificado, pero como contrapartida ha perdido su tranquilidad. Somos extranjeros en nuestro mundo, por haber perdido de vista la perspectiva *personal* de la vida. Una de las consecuencias de este descuido es que no comprendemos la muerte como una consecuencia natural de la vida, sino que debido a nuestra mentalidad deformada ante tanto progreso, la muerte es comprendida como un fracaso tecnológico.

Por esto, la reflexión bioética es, de modo fundamental, una reflexión de carácter personalista. Un *yo soy* que accede a otro *yo soy* médicamente,

quirúrgicamente, genéticamente. Esta relación puede ser considerada y respetuosa del otro, o puede ser una irrupción violenta, mutilante, destructiva e incluso asesina.

V. LOS DIFERENTES ENCUENTROS PERSONALES EN LA MEDICINA

El encuentro médico-paciente puede ser un encuentro *personal* o, de modo frecuente, trágicamente *impersonal*: digo trágicamente, porque se trata de un encuentro que no admite en el otro un *tú*, sino que ve en el otro un objeto sin significado personal, sin interioridad, sin autonomía, sin libertad. Tal es el encuentro trágico entre el genetista y el embrión, cuando su ser, es decir, su *yo soy*, es examinado para sentenciarlo a muerte por existir, por padecer una enfermedad o simplemente por estar de sobra en medio de un grupo de embriones traídos al mundo para elegir solo uno. Otro encuentro trágico es vivido entre el médico abortista y el no nacido, o entre la madre que desea liberarse de su hijo y acude a abortar.

Es por esta razón que la bioética personalista debe fundamentar las raíces del respeto personal, sobre el que estamos todos de acuerdo, pero sobre el cual en la práctica, con mucha frecuencia, sobrevive la injusticia y la violencia del más fuerte contra el más débil.

VI. LA PERSONA COMO FUENTE Y BUSCADORA DE SENTIDO

El personalismo admite al hombre como un peregrino en búsqueda permanente de sentido. El hombre no se contenta a sí mismo, como los demás seres, con solo vivir hacia fuera y hacia sí mismo. La naturaleza de lo humano lo proyecta a la búsqueda de sentido; en todo tiempo de su historia ha quedado insatisfecho con lo dicho sobre sí mismo. De esta insatisfacción nace el personalismo. *Quién soy yo, cuál es mi origen y cuál mi destino*, son preguntas de la filosofía y sobre todo del personalismo como filosofía, que ve en la persona un ser distinto del mundo y de lo simplemente natural.

Es verdad que la filosofía es un hecho *personal*; el discurso estructuralista de Michel Foucault y Levi-Strauss, quienes han diluido el significado y el

sentido de la persona, no podrá negar jamás que filosofar es propio de un ser *personal*. La pregunta, como origen de la filosofía, nace desde una interioridad *personal*, una apertura al mundo, a la realidad y al otro como *tú*.

La raíz metafísica que evoca la referencia a la persona es evidente. La persona humana es un gran misterio para el filósofo, que se interroga por su ser, su origen, su sentido y su fin. La persona humana como objeto de la filosofía se adentra en el contexto del misterio. Es oscura la dimensión irracional de lo humano. Es oscura su capacidad de perfección, pero más oscura su posibilidad de violencia, agresión meditada, calculada, evidenciada en la guerra, la tortura y la indiferencia.

El hombre como tal es una pregunta para el hombre, es un destino para todo obrar humano y al mismo tiempo es su propio camino.

La actividad científica ejecutada a espaldas del conocimiento de lo humano, ha posibilitado los interrogantes y la necesidad urgente de la ética de la vida. Es tanto más necesaria la bioética, cuanto más ignoremos sobre el hombre.

La bioética puede ser instrumentalizada para responder a un discurso que haya privado al hombre de su significado y de su sentido. Esta es la bioética que pretende sostener el derecho a abortar, no el deber de prevenir el aborto; que pretende defender el derecho irracional al suicidio, sin poner en ejecución los conocimientos para combatir el dolor y para llenar de sentido el sufrimiento humano.

Sin embargo, la bioética puede ser también un camino que estimule una investigación para mitigar el dolor, y respetando el misterio de lo humano, estimular la reflexión filosófica sobre nuestro origen, nuestro ser de apertura, sobre nuestra experiencia de la dicha y el dolor y sobre la oscuridad racional de nuestra inevitable muerte.

VII. NACER, CONVIVIR, PROCREAR Y MORIR COMO EVENTOS BIOPERSONALES

El proceso vital, descrito ampliamente en todas las especies por la biología, no excluye al hombre en ninguna de sus etapas. Lo realmente intere-

sante es contemplar que cada etapa vital de la persona humana tiene, en esencia y en la práctica, un carácter *personal*. El nacimiento es un evento posible solo en la dinámica de la interpersonalidad. Nadie viene al mundo sin la directa o indirecta participación de otras personas. Nacer es un evento genuinamente *personal*, que posibilita convivir con otros de forma también personal. La procreación es un acto de la persona. Es tanto más personal cuanto más libremente sea ejecutado el acto procreativo. Esta es la razón por la cual es necesario que se reconozca la dimensión personal de la sexualidad y de la procreación, sin la interferencia sustitutiva de la técnica. En el caso de la reproducción artificial, o el eufemismo de la asistencia reproductiva, la tecnología ha destruido el significado personal de la procreación –haciendo del acto conyugal, naturalmente personal, es decir, el encuentro de un *yo soy* abierto a otro *yo soy*, que participan mutuamente en el misterio del origen de otro ser *personal*, un acto técnico e *impersonal*–. La criatura humana en este proceso es un resultado técnico, frecuentemente objeto de discriminación y de muerte. Este es uno de los encuentros trágicos impersonales entre el científico y otro *yo soy*.

Cómo no referir otro encuentro trágico, que condena a muerte por enfermedad a otro, o aquel encuentro que comercia con otros seres personales congelados en estado embrional. Esta es una nueva forma de esclavitud, que resulta de la interferencia de la técnica en la reproducción humana. El poder de un *yo soy* prepotente, que anula, discrimina, vende a otros.

La muerte es quizá la etapa sobre la que más interrogantes puede tener la persona, y sin embargo, es también una de las etapas más *personales* de la vida. La comprensión contemporánea de la muerte ha desacralizado su significado metafísico. Se ha pretendido desmembrar la muerte de su pertenencia a la vida. Nuestra sociedad no quiere hablar de la muerte, la evita como objeto de reflexión. Tal comprensión ha cambiado también, porque la comprensión de la vida ha cambiado. La muerte es percibida como un fracaso técnico, perdiendo todo su significado metafísico.

Nos hemos acostumbrado a evitar las grandes preguntas, que nos confrontan con eventos trascendentales como la muerte misma. De la muerte lo que hoy nos interesa es el dolor o el sufrimiento, y la capacidad que tengamos para evitarlo.

De la muerte le inquieta al hombre moderno lo accesorio: el *cómo* habrá de morir. Y este *cómo* casi siempre se refiere al dolor. No interesa reflexionar sobre qué cosa es la muerte, qué significa para el ser personal, qué espera tras la muerte. La muerte es asumida como un hecho donde lo importante es evitar el sufrimiento.

El hombre moderno siente una veta de esperanza en la ciencia al contemplar su posibilidad de mitigar el dolor. De la muerte desea una muerte *indolora*, una muerte *digna*, que no disuene en nada con una vida que buscó en todo momento el placer y la ausencia del dolor. La muerte es un profundo interrogante, ante el cual solo alivia al hombre contemporáneo la ausencia de dolor, y este es el objetivo al que se ha encauzado la sociedad mediante la medicina.

Sin embargo, la muerte es uno de los eventos *biopersonales* más trascendentales del individuo. La muerte confronta a la persona con sus núcleos más profundos. Ante la muerte, se pone en la balanza a la persona misma, de cara al sentido, al esfuerzo, al mismo sufrimiento. Todo el que muere cierra el capítulo personal de la vida. Para algunos, tal situación abre un nuevo amanecer personal; para otros, la oscuridad profunda. Entre tales interrogantes se debate el ser personal, nunca con indiferencia, antes bien con tanta energía que permanentemente reorienta su camino en función de tal realidad.

La crisis personal contemporánea obedece, en cierta medida, al olvido de la muerte como realidad personal. Vemos la muerte de los otros, y con frecuencia nos hacemos insensibles ante dicha realidad. Tal insensibilidad ha impedido al hombre contemporáneo pensar sobre la propia muerte desde su auténtico significado, es decir, la comprensión en la que el dolor es un accidente del objeto mismo de la muerte y la muerte es una realidad *personal*.

VIII. SUPERIORIDAD DEL PERSONALISMO FRENTE A OTRAS FILOSOFÍAS

Toda filosofía es en cierto modo personalista, pues todo filosofar es personal, e interpersonal. Filosofamos sobre la vida a partir de una experiencia personal. Aristóteles afirmaba que no puede haber ciencia donde no ha habido experiencia. Es verdad que conocemos mediante los sentidos, y mediante una experiencia personal.

Las filosofías materialistas que han pretendido omitir la dimensión espiritual humana no solo han mutilado una dimensión trascendental de lo humano, que justifica su propio filosofar, su propio sentido de justicia y aun su deseo de conocer, sino que además se encuentran en dificultades para justificar la *cuestión ética*, esencia de lo propiamente humano. Han considerado que por tratarse el hombre de un ser exclusivamente material, conformado por átomos y energía, no hay más que preguntar sobre la naturaleza del hombre. Este es un grave error, que cierra los caminos para que el hombre alcance el encuentro consigo mismo, es decir, para que alcance una *realización personal*. ¿Cómo es justificable para los materialismos la ética y la justicia? Si en el fondo de lo humano no hay más que átomos y moléculas neurotransmisoras, ¿qué cosa es el filosofar? ¿Cómo se explica el conocer? ¿Cómo justificar la justicia? ¿Qué decir del *sentido*?

Pero si el hombre es un ser material y espiritual, hay cabida al filosofar, a la indagación sobre lo personal, sobre lo humano. El espíritu abre espacio a la libertad, a la ética y a la esperanza en lo eterno. El espíritu abre las puertas a la noción de perfección, a la virtud y al sentido. Por esta razón, renunciar a la metafísica es de plano cerrar la posibilidad de responder qué cosa es el hombre. Sin el espíritu no hay respuesta a esa pregunta; se vuelve al laberinto de la inmanencia.

El personalismo posibilita construir una antropología en medio de la naturaleza libre del hombre. El hombre no está en el mundo al margen del bien y del mal. Ser humano significa precisamente estar sujeto a la libertad de elegir el bien o el mal. Tal posición, frecuentemente calificada como dogmática, manifiesta la esencia de la búsqueda ética o bioética en nuestro caso. Si bien y mal no existieran, no sería necesaria la bioética, pues tanto valdría una elección como otra. El hombre elige entre varias opciones morales precisamente por ser libre, y su libertad es una consecuencia de su naturaleza espiritual.

Por esta razón, no es justificable una bioética *materialista*, pues no es posible justificar la ética desde el materialismo sin entrar en contradicción.

No obstante, el diálogo es indispensable para la Bioética. Diálogo sí, pero no para naufragar en el eclecticismo, sino para avanzar y dejar atrás las posturas empecinadas en el error. La verdad no es de nadie, es una conquista

permanente, a la que nos doblegamos todos. Tomás de Aquino afirmaba que los hombres al filosofar alcanzamos poco y con muchos errores. Es preciso avanzar. Tal avance solo es posible dejando atrás las contradicciones y los errores. Si admitimos que no hay errores, sino libres comprensiones de lo moral, si negamos que la contradicción sea criterio de verdad, estaremos en consecuencia náufragos en el error, nuevamente cerca de la superchería y esclavos de la ignorancia.

La fundamentación personalista en la reflexión bioética es un largo camino por recorrer. Nuestro destino es el rescate de la persona, como un concepto cuyo contenido redunde en beneficio de cada persona y a su vez en una práctica científica investigativa y de atención en salud, que sea respetuosa, en todo momento, de la vida y la dignidad personal, pero que, sobre todo, coopere decisivamente en la formación de una cultura de la vida.

Bibliografía de Referencia

- Arregui, V. y Choza, Jacinto. *Filosofía del hombre*. Ed. Rialp, Madrid, 1991.
- Lacroix, Jean. *Marxismo, existencialismo y personalismo*. Barcelona, Fontanela, 1971.
- Marías, Julián. *Persona*. Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- Maritain, Jacques. *Para una filosofía de la persona humana*. Buenos Aires, 1937.
- _____. *Cuatro lecciones sobre el espíritu en su condición de carnal*. Buenos Aires, 1980.
- _____. *Lecciones fundamentales de filosofía moral*. Buenos Aires, 1966.
- _____. *Siete razones sobre el ser y los principios de la razón especulativa*. Buenos Aires, Desclé, 1980.
- Mounier, Emmanuel. *El personalismo y la revolución del siglo XX*. Eudeba, Buenos Aires, 1974.
- Orozco, Declós Antonio. Qué es la persona y cuál su dignidad. *Cuadernos de Bioética*, No. 13, 1ª, 1993.
- Palanzani, Laura. La fundamentación personalista en bioética. *Cuadernos de Bioética* No. 14, 2ª, 1993.
- _____. El concepto de persona en el debate biojurídico actual. *Medicina y Ética*, 1997/1.
- Polo, Leonardo. *¿Quién es el hombre?* Madrid, Rialp, 1991.
- _____. *La persona humana y su crecimiento*. Eunsa, Pamplona, 1997.
- Vanni, Rovighi. *Elementi di filosofia III*. Roma, 1970.
- Wojtila, Karol. *Mi visión del hombre*. Palabra, Madrid, 1997.
- Yepes, Stork. *Fundamentos de antropología*. Ed. Rialp, Madrid, 1998.
- _____. La persona como fuente de autenticidad. *Acta Philosoph.*, Vol. 6, Fasc. 1, 1997.